

Alberto Methol Ferré

Profesor de Historia Contemporánea y de Historia de América Contemporánea en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Montevideo. Profesor en el Instituto «Artigas» del Servicio Exterior, Ministerio de Relaciones Exteriores. Profesor invitado en las Universidades de Cuyo, Misiones y Formosa. Profesor Visitante en la Universidad Católica Argentina, Católica de Santa Fe y del Salvador (Buenos Aires). Miembro Académico de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Montevideo, del Instituto «Artigas» del Servicio Exterior, de la Academia de Economía del Uruguay y de la Academia de Historia Marítima y Fluvial del Uruguay. Fundador y director de la revista «Nexo». Asesor y experto de la Secretaría General del CELAM, Consultor del Vaticano. Escritor y articulista.

Entrevista al Profesor Alberto Methol Ferré

-Profesor Methol, el término “ateísmo” –como todos los que llevan ese sufijo generalizador– suele usarse para designar una amplia gama de experiencias. Sin embargo, parecería que a partir del análisis de la realidad, es posible distinguir manifestaciones diversas bajo ese rótulo de vasta referencia. ¿Está usted de acuerdo?

-Sí, obviamente. Para comenzar, hay una frontera difícil entre lo que se podría llamar un agnosticismo muy diluido y un ateísmo explícito. Las fronteras son nebulosas entre

agnósticos y ateos. No todo agnóstico es ateo pero propende a serlo en las condiciones actuales. En otras épocas el agnóstico tenía un sello cristiano indubitable; hoy ya tiene mucho menos. De hecho, hay dos signos que lo establecen: uno es que el ateísmo empezó a ser por primera vez en la historia un fenómeno de masas a partir, y en forma ascendente, de la segunda mitad del siglo XIX. Y que tomó definitivamente ese rostro poderoso en la revolución bolchevique que instauró, nada menos que en Rusia, la emergencia de un gigantesco Estado continental con

1 Esta entrevista fue realizada poco antes del fallecimiento de Juan Pablo II. Las apreciaciones formuladas por el entrevistado respecto al contexto inmediato deben interpretarse a la luz de ese dato.

un sello ateísta, cosa que no había habido nunca. En el siglo XX se asiste a la irrupción de un ateísmo de masas; el ateísmo antes sólo había sido de élites y de las clases altas, pero nunca de las masas. De manera que es un fenómeno que emerge a partir de las condiciones de la sociedad industrial. Y aparece ligado a la emergencia de nuevas clases sociales, en este caso el proletariado.

El siglo XX también tiene otras formas virtuales no tan expresas pero notoriamente ateístas; esto se vincula con un proceso histórico: en la medida que la Iglesia y la religión perdían centralidad, el Estado se convertía en el único centro, en algunos casos, al punto de transformarse en centro absoluto de la historia. En Europa, ese fenómeno fue muy poderoso; cuando Hegel hace que todo el proceso de la dialéctica histórica culmine no en la religión sino en el Estado, está marcando el proceso de secularización y en cierto sentido una especie de ateísmo virtual, porque el Estado es concebido como una resolución de la historia en la inmanencia. Con ese sentido se vería el proceso inmanente. Hubo así un ateísmo dialéctico y mesiánico, heredero de todo un proceso de la modernidad, de todos esos aspectos masivos. Al adquirir un aspecto que no había tenido nunca antes, se asocian al ateísmo los acontecimientos que normalmente se asocian también a los grandes factores de influencia histórica, en la que ninguno está exento de sangre y miseria. Cuando el ateísmo toma el poder de la historia, engendra, por ejemplo, los terribles campos de

concentración y Estados totalitarios de dimensiones nunca alcanzadas. El que había servido de intérprete a todos los pecados infamantes de la historia, contrae todos los pecados infamantes al hacerse multitudinario e incidir realmente en la historia. Parecería que el colmo de incidencia en la historia es una dosis importante de corrupción. Se puede también sostener que aquellos países donde ha habido movimientos como el nazismo y el fascismo, en la medida que implican el poder omnímodo del Estado o la preponderancia de un Estado-nación o un Estado racial, fueron también las formas totalitarias en que desembocó la modernidad en su fase ateísta de masas, como el ateísmo mesiánico comunista o el ateísmo que no era estrictamente mesiánico, que eran formas masivas de resolución en la inmanencia de naciones o de razas supuestamente elegidas.

Eso se acabó conjuntamente con el fin de la segunda guerra mundial, con la derrota del nazi-fascismo y luego, en el 89, del ateísmo mesiánico. Después ha seguido un período incierto, en que nadie sabe cuáles son los valores que pueden suscitar la movilización general de las masas. Y me parece que por eso es que algunos hablan de la emergencia de un ateísmo libertino. Pienso que los primeros síntomas del ateísmo libertino se manifiestan en los años 60, en la denominada "emergencia de la sociedad opulenta", cuando el occidente, sobre todo Estados Unidos y Europa occidental, logran formas de eficacia capitalista económica y medios de vida nunca alcanzados, de

capacidad de consumo de sus masas de índole tal que empieza a generarse algo que tampoco tenía antecedentes en la historia: un ateísmo libertino que progresivamente comienza a masificarse. Se trata de una democratización del ateísmo libertino, porque una característica de éste es haber sido siempre un fenómeno de aristocracias y de clases altas. Y ésta es la primera vez en la historia que empiezan a surgir formas de vida del ateísmo libertino democratizadas, al alcance de las grandes masas. En el siglo XX, lo que lo caracteriza es la satisfacción de los deseos de placer; no hay ningún otro valor superior al de la autosatisfacción subjetiva y el placer personal. Esto invierte por completo el sentido del ateísmo mesiánico, que se derrumba en el 89; derrumbe de un ateísmo que quería ser constructivo, quería generar una sociedad nueva y quería el hombre nuevo, porque el hombre por sí mismo construía el cielo en la tierra e instauraba una sociedad de amistad y amor. Pero ese mito engendró lo contrario de lo prometido, la justicia; mientras que el ateísmo libertino es indiferente a la construcción de una sociedad –carece de solidaridad–, puesto que es el reino infinito de los solos en su autosatisfacción. Es un ateísmo que se vuelve cómplice del poder establecido, porque no tiene ninguna pretensión de transformar la sociedad sino que, por el contrario, exagera el individualismo. El super-Estado se convierte en el reino de la imaginación sin límites.

Yo diría que todo ateísmo libertino en la historia fue aristocrático. La primera gran emergencia de una

aristocracia en la Europa moderna fue consecuencia de las guerras de religión, en los siglos XVI y XVII, en las que sectores de la aristocracia, ante el alegre asesinato de los cristianos entre sí, se hicieron ateos. Era una aristocracia que tenía rentas suficientes como para dedicarse a una vida entregada a la autosatisfacción. Y ese ateísmo libertino llegó a su apogeo en la época de la Revolución Francesa. Su símbolo máximo fue el Marqués de Sade, que escribió una especie de “compendio filosófico” –así, entre comillas–, una obra que inspiró la filosofía de tocador. En mi opinión, Sade es una especie de santo del ateísmo, tanto que lleva el ateísmo hasta sus últimas consecuencias. Para mí es el ateo insuperable en cuanto tal. Lleva todo hasta sus últimos límites, muestra la esencia del ateísmo libertino.

Esta forma de ateísmo se reubica a partir de la sociedad opulenta de los 60 en adelante, y ello está asociado a los paraísos artificiales que devastan Occidente; la droga, ante todo. El resultado es radicalmente destructivo para todas las poblaciones, de las sociedades opulentas o de las que no lo son, pero sí tienen el agente fundamental que son los modos de propaganda hedonísticos asociados a una ganancia. Para mí, el ateísmo libertino está coincidiendo con modos de apogeo del sistema capitalista contemporáneo.

-Como historiador y, en particular, estudioso de la institución eclesial y su interacción con los procesos socio-históricos,

¿cuál entiende usted que es el papel de la Iglesia en este contexto?

-Es un asunto delicado porque mientras que el ateísmo mesiánico tenía sus organizaciones, sus partidos, tenía formas institucionales, uno de los aspectos más nocivos del ateísmo libertino es su inaferribilidad institucional. Es un asunto más atmosférico que institucional. Las instituciones se contaminan por esa atmósfera, difunden esa atmósfera pero en realidad ninguna está especializada en difundir específicamente eso. No es señalable con claridad, es un enemigo no aferrable en una estructura orgánica con un designio, con una política; su política es sólo la permisividad. Entonces ataca las bases de la dinámica de una sociedad sin proponérselo como objetivo esencial; este efecto corrosivo se produce por añadidura, pero no es el objetivo propio del ateísmo libertino. Su único objetivo es la autosatisfacción.

Esto hace muy difícil asumir un rol y una misión adecuados. Es algo sobre lo que hay que reflexionar profundamente, porque con una respuesta puramente moralística abstracta no se llega al fondo. Por eso para mí las únicas respuestas válidas son aquellas que dan cuenta del bien del mal: solamente por aquellas dimensiones positivas que el mal entraña es que puede ser mal. Es una subversión que sólo se puede responder en la medida que se posea la capacidad de comprender el bien del mal. Entonces, ¿cuál es el trascendental implicado en el ateísmo libertino? Parecería que el trascendental no es ni el de la verdad ni el de la ética del bien, es el de la belleza tonta, que no es más

que una anticipación de una cosa sustancialmente agradable. Es una subversión de elementos esenciales de la belleza, en cuanto los escinde de la verdad y del bien, destruye su unidad trascendental. De ese modo, la belleza se vuelve perversa, por ausencia de verdad y de bien.

Con lo que acabo de exponer, no pretendo más que llamar la atención sobre el hecho de que no todo ateísmo es lo mismo, que el ateísmo libertino es lo contrario del ateísmo mesiánico. Sus propósitos son opuestos. El ateísmo mesiánico contiene demasiadas exigencias cristianas secularizadas, como la lucha por la justicia. Eso al ateísmo libertino no le interesa en absoluto, por cuanto éste supone también una desolidarización de la sociedad.

Así como Sartre –que pudo haber sido un ateo libertino, pero no lo fue– afirmaba que “el infierno son los otros”, también lo dice en algún sentido el ateísmo libertino, porque es fundamentalmente individualista, cada uno es un átomo de placer. Esta modalidad del ateísmo carece de empresa colectiva. En cierta forma, es el fin de la modernidad. A eso se refería un gran pensador italiano, Augusto del Noce, quien sostenía que el ateísmo libertino procedía de la crisis de la verdad religiosa. Lo aristocrático es el escepticismo, que hace que Descartes funde lo que se llama el pensamiento moderno, mediante el cual intenta superar metodológicamente la duda de ser. La modernidad es el gran intento por trascender el ateísmo libertino originario, y el idealismo de Hegel o el materialismo de Marx son

gigantescas formas modernas de la lucha contra el ateísmo libertino. Recién ahora, la modernidad se consume como posmodernidad por la irrupción creciente, desde occidente hacia el mundo entero, de los modos implícitos y evanescentes del ateísmo libertino, que se vuelve victorioso por primera vez en su historia.

-Sin duda, la Iglesia es siempre parte actuante de la sociedad y, por consiguiente, cabría suponer que se está aprestando para responder al estado de cosas que usted acaba de referir. ¿Qué signos de esa preparación podría señalar?

-Es muy difícil afirmarlo. Esta etapa final del papado de Juan Pablo II genera una parálisis interna. El centro sintetizador espiritual de la Iglesia es el centro pontificio romano. ¿En qué sentido? En que todas las experiencias mundiales de la Iglesia son recibidas por el centro, que las reformula y las devuelve al conjunto. Hay como una respiración desde las iglesias particulares, difundida por todo el mundo hacia el centro pontificio que a su vez sintetiza lo procedente del conjunto y lo devuelve a éste. Hay una inagotable respiración mundializante y particularizante de la Iglesia. Cuando el centro pontificio está en un instante de transición, en la medida que ésta se alargue la Iglesia quedará sin esa respiración. Puede durar un año o dos. En términos históricos, un período de uno, dos o tres años es ínfimo, pero en el momento en que se está gestando un mundo nuevo, esos espacios adquieren mucha importancia.

Con el derrumbe del ateísmo mesiánico terminó una primera fase. Ya han crecido otros actores: China, India, la Unión Europea, que ya no necesitan supeditarse para salvarse de la URSS. Hay un nuevo discurso en el mundo, el discurso integracionista. En América Latina solamente es recordable en este sentido el proyecto del ABC, que fracasó por motivos que se desconocen. Sí se sabe que existe un vasto proceso de sudamericanización y latinoamericanización, que comenzó a principios del siglo XX con la generación del 900 y el pensamiento de Rodó; luego siguieron los estudiantes, los partidos integracionistas. Este proceso generó la ALADI y terminó gestando, hace poco tiempo, el Mercosur.

Actualmente asistimos a la formación de nuevos tipos de Estados continentales, lo que es un desafío para la Iglesia, si quiere estar presente en forma significativa en esta nueva realidad mundial. La Iglesia no es un Estado ni su misión está ligada intrínsecamente a éste. Pero no deja de ser importante la relación de la Iglesia con el Estado, en tanto que la Iglesia es siempre interior a la sociedad que lo rige. De esa manera, la Iglesia incide de algún modo en el Estado. En un gran Estado confederado, la Iglesia va a incidir en forma distinta dentro de cada país, de cada sociedad.

En realidad, no podría señalar signos nítidos y unívocos de una preparación de la Iglesia para responder al contexto presente.

M. S.